

El rumor de la ribera

Pseudónimo: Cinabrio

Los álamos blancos tiemblan bajo los afanes del viento del norte. Apenas quedan hojas en sus ramas, tampoco en las de los chopos de la ribera del Arlanzón. Esas hojas están ahora en la tierra, bajo los tallos pelados y los frutos tardíos, rojizos del escaramujo, por entre la impenetrabilidad de la zarzamora, al lado de los troncos grises de los fresnos. Hojas de álamo blanco, de fresno, de chopo y de mimbrera, un muestrario teñido de ocres, de grises, de verdes etéreos, desvaídos. Es otoño y manchas inmensas, oscilantes de estorninos cubren un cielo acostumbrado a los rigores del cierzo. Son pájaros arrastrados desde Centroeuropa por los fríos empeños del tempero, manchas de brea líquida que agitan las ramas últimas, desnudas de los chopos, de los fresnos, de los álamos blancos.

Al norte, la Sierra de Atapuerca derrama sus laderas hacia las vegas del río. Los parajes del Cudillo, del Alto del Caballo y de La Paredaja parecen añorar el rumor desafinado de los estorninos sobre aquel manto de hojas muertas en ocre, en gris, en verdes etéreos, desvaídos. Quizá también añoren los rumores de una carrera que ya es de todos, una carrera próxima, legendaria, imprescindible.